

ENA LUCÍA PORTELA  
Cien botellas en una pared

*bokeh* \*

Primera edición, 2002 (Madrid: Debate)

© Ena Lucía Portela, 2020

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2020

© Bokeh, 2020

Leiden, NEDERLAND  
[www.bokehpess.com](http://www.bokehpess.com)

ISBN 978-94-93156-14-2

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

## ¡BUEN ANIVERSARIO, CHIQUITA!

Lo que sucedió en el celeberrimo apartamentico de Centro Habana me parece ahora bastante confuso. También me lo pareció entonces, sólo que aquella noche yo aún no pensaba en contar la historia y me importaba un bledo la confusión. Quizás los relatos deban ser inteligibles, pero la vida ciertamente no lo es. Sobre todo cuando uno se integra sin mayores tropiezos al ambiente festivo de una sala casi a oscuras, donde los rastros de luz provenientes del mínimo pasillo que conduce al baño y a la otra habitación apenas permiten distinguir unos pocos muebles alineados junto a las paredes y una multitud de siluetas, danzantes en el centro, arracimadas por los rincones o cogiendo un respiro en el balcón. Sobre todo cuando uno se emborracha de lo lindo, se mete varias rayas de coca, se va del aire, se ríe, se divierte, goza, baila con la Gofia y tal vez con sus amigas y enemigas aquello de «yo soy normal, natural... / yo soy normal, natural... / pero un poquito acelera'o...». En esas condiciones, en el epicentro de la pachanga, ¿cómo podría saber uno lo que pasa en realidad?

Apenas entramos, Linda y yo, cuando alguien gritó «¡Ahí está el ángel!» y varias siluetas se abalanzaron sobre ella para saludarla, creo, para tocarla y estrujarla y comérsela a besos, onda bacanal, con tanto frenesí que casi le arrancan los paquetes y la ropa y todo. Mi amiga retrocedió unos pasos. Luego intentó huir hacia adentro, quizás para esconderse en el baño o debajo de alguna cama, pero no pudo. Rápida, me entregó la jabita con la botella de Havana Club, no fuera a ser que se la rompieran tan impetuosas fanáticas. A mí, por suerte, ni me miraron. En medio del tumulto se escuchó una voz de contralto, una voz que recuerdo autoritaria:

—¿Dónde está mi Agatha Christie? ¡Es mía! ¡Me la van soltando ya! ¡Pero eso es ya!

Alguien la tomó por un brazo y la arrastró hacia adentro, hacia la luz. Ella viró la cara hacia donde yo estaba y me indicó que la siguiera. Me deslicé entre el molote, sin perderla de vista, sujetando la jabita con ambas manos. De algún modo llegué a la otra habitación, donde ya Linda se sacudía el vestido, se arreglaba el peinado maltrecho frente al espejo de la cómoda y gruñía. Qué tipas más comemierdas, qué aparatosas, qué se habrían creído, ni que ella fuera una estrella de cine, coño. A su lado, una mulatica espigada, en un short de mezclilla bastante ripioso, cortísimo y ajustado, una blusa de seda azul, cuello alto, mangas largas, hombreras, un dragón chino vomitando llamaradas áureas en medio del pecho, y el pelo recogido en tres moños, verde perico el de la izquierda, rojo mamey el de la derecha y amarillo pollito el del centro, se mordía los labios pintados de negro. Me dio la impresión de que trataba de contener la risa. En la cama, sentada en la posición del loto y con un kimono de felpa, una muchacha pecosa y pelada al rape se dedicaba pertinaz a la contemplación del techo.

—Llegó el ángel... Llegó el ángel... —repetía—. Llegó el ángel...

—Ángel mierda —rezongó mi amiga—. Estas cosas nada más le pasan al ángel de Sodoma.

Segura de no equivocarme, saqué la botella de la jabita y se la tendí al dragón chino.

—Feliz cumpleaños... Gofia.

—¡Oh! —se volteó hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja y un diente medio manchado de pintura negra—. Muchas gracias.

Agarró el botellín por el pescuezo y lo abrió, muy desenvuelta ella, sin preguntarme quién yo era ni nada. Dejó caer un chorrito en el piso, para los santos, y sirvió dos vasos. Me tendió uno. ¿Por qué íbamos a brindar, a ver? Sólo ella y yo,

claro. Porque a Marilú, curda de nacimiento y más soplada que una cafetera, no le hacía ninguna falta. Y Agatha Christie con alcohol en vena era un peligro público, ja, hasta la mirada se le ponía tenebrosa detrás de los espejuelos... —me guiñó un ojo y Linda dijo «Brrrrr» mientras Marilú insistía en lo del ángel—. Así que ella y yo, las únicas personas respetables que quedábamos en todo el puñetero... De pronto se interrumpió. Miraba por encima de mi hombro con el entrecejo fruncido y los tres moños erizados, como si hubiera visto al fantasma de la ópera.

Me volví sospechando una bromita, pues aquella Gofia multicolor me parecía de repente muy adicta a las bromitas, pero no. Allí, en el umbral, sobre un fondo de oscuridad bullanguera, se recortaba una figura de veras espectral. «Extraña» es la primera palabra que se me ocurre para describirla. Muy pálida, muy alta, muy joven. Casi una niña que hubiera alcanzado de pronto el metro ochenta, o casi, y no supiera qué hacer consigo misma, con tan desmesurada estatura. De apariencia frágil. Etérea. Ojerosa. Vestida de negro. Con el cabello endrino, ala de cuervo, cayendo en cascada hasta la cintura. Era la suya un aura inquietante. De sonámbula, bruja medieval, gitana taciturna. Sentí una opresión en el pecho, un escalofrío. Sentí miedo. No sé por qué, pues entonces ignoraba el vínculo atroz que se establecería (que quizás ya se había establecido) entre aquella criatura y yo. Apuré el ron de un solo trago.

—Te buscan, nené —masculló la Gofia.

Linda se apartó del espejo, aún con cara de tusa por lo del asalto. Al ver a la gitana, su gesto se dulcificó. De acíbar se hizo almíbar. Esbozó una sonrisa muy rara en ella. Tierna, amable, sin sombra de sarcasmo. Fue algo súbito. Una transfiguración. Antes de esto, sólo la había visto conmovirse con Leidi Hamilton. Pero de un modo más bien maternal, quizás porque Leidi también posee «la belleza de la inteligencia» y muy pocas oportunidades para hacerla valer. Entre mi amiga

y mi sobrinita existía, aún existe, una gran afinidad: ambas son inquietas, ambas son flacas, ambas son tramposas, ambas se impacientan conmigo, la grande le enseña a la pequeña que las mujeres negras no tienen por qué sentirse inferiores a nadie ni permitir que nadie las trate como inferiores, le presta los libros de Alice Walker y también los de Toni Morrison, más difíciles de leer para una niña de doce años, pero en fin, para que vaya cogiendo tamaño de bola. A Leidi le encanta todo eso. Se siente adulta, respetable, tomada en serio. El único defecto de tía Linda es que no cocina papitas fritas. Pero no importa. Para algo tiene que servir tía Zeta, ¿no?

Lo de la gitana fue distinto. Menos razonable. Si yo no estuviera convencida de que tía Linda es cuerda, lúcida, sensata y hasta pragmática, pensaría que aquello fue delirante. Que el extravío mental de mi amiga ya había comenzado antes de aquella noche en la fiesta de la Gofia. Unos años después, en su tercer gran parlamento, me diría:

—Sí, me enamoré de un fantasma, de alguien que no existía ni existirá jamás. Sucede. Las escritoras inventamos patrañas porque somos una banda de neuróticas —dice «escritoras», pero se refiere lo mismo a las mujeres que a los hombres—. Sabemos que dos más dos son cuatro porque no estamos locas, pero no nos gusta. Preferiríamos que fueran cinco. O nueve, o dieciocho, o la raíz cuadrada de menos uno, qué más da. Cualquier cosa excepto cuatro. Y urdimos tramas, enredos, fabricamos espacios donde eso ocurre. Y está bien. A veces hasta nos pagan por hacerlo. El problema, el verdadero problema, que no tiene nada que ver con la truhanería de los editores ni con la ceguera de los críticos ni con el alma palurda y rastacuera de los funcionarios que abogan por la censura ni con la mediocridad, la intolerancia, la envidia, la hipocresía y otros alacranes que deambulan por la ciudad letrada, el problema realmente grave comienza, creo yo, cuando pretendemos trasladar nuestras fan-

tasías al mundo real, a esa tierra árida y opaca donde dos más dos son cuatro, sólo cuatro, siempre cuatro y no hay arreglo. O sea, cuando quedamos atrapadas en nuestra propia telaraña, cuando nos creemos nuestras propias mentiras. O las de otra escritora, que viene siendo más o menos lo mismo. Hay escritoras fatales que la enganchan a una y le viran la existencia al revés, se la exprimen cual naranja, se la machacan cual diente de ajo, se la retuercen como hace con los cuerpos Afrodita Sáfica, la diosa del amor. La mejor de todas, a mi juicio, fue aquella campesina pobre, ignorante, hosca, fea, que murió en plena juventud sin conocer el éxito<sup>7</sup>. No creas que trato de impresionarte con argumentos del Salvation Army. Para mí esas cosas en general no cuentan, son aleatorias. Al que le tocó, le tocó. Sólo que ella consiguió transmutar sus muchas imposibilidades en una ficción extraordinariamente poderosa, dura, sólida, *convinciente*. Yo tal vez no hubiera cambiado mi vida por la suya, pero sí por la de uno de sus personajes. ¿Te das cuenta, Zeta? ¡Vivir dentro de una novela! Ahora me parece absurdo y hasta idiota, pero entonces no me lo parecía. Nada, que me tragué la papa entera, con cáscara y todo. Luego conocí a aquella muchachita del pelo negro y fue el caos. Creí haber encontrado, ¡por fin!, a Heathcliff, el gitano taciturno. Pero la realidad...

La realidad, en el cuarto de la Gofia en una noche de enero de 1997, era que Linda se había quedado hipnotizada, embobecida, lela, muy distinta de sí misma (al menos de su yo habitual), con los ojos clavados en los ojos de aquel ser que me ponía tan nerviosa y le erizaba los tres moños a la anfitriona.

—Llegó el ángel... —dijo Marilú.

---

<sup>7</sup> A Linda le privan las citas bien sutiles, los acertijos y las adivinanzas. Como ella es un genio, le importa un rábano si los demás la descifran o no. Cuando dijo esto de la mejor escritora, yo no supe a quién se refería. Otras personas pudieran hallarse en la misma situación y a ellas les aclaro que se trata de Emily Brontë, la autora de *Cumbres Borrascosas*.

–¡Y dale Juana con la palangana! –se despertó mi amiga–. Acabo de llegar, mi amor. ¿Qué tal si te esperas un segundito?

–Sí, mijita, cómo no, siéntate, acomódate, que estás en tu casa... –masculló la Gofia–. ¿Quieres que te eche fresquito con un abanico?

–Oye Gofia, no seas perra... –dijo Linda.

–¿Perra yo? Sí, claro, yo soy perra. Yo nací en una perrera... ¡Jau jau!

Las dos se echaron a reír mientras la muchacha del umbral permanecía en silencio, imperturbable, fija como una estatua, la muchacha de la cama anunciaba por enésima vez el arribo del ángel y yo... bueno, yo me servía otro vasito de Havana Club, me sentaba en la única silla que había en el cuarto y encendía un cigarro. Algunas cabecitas se asomaban a la puerta, hacían muecas, aullaban o soltaban una carcajada y desaparecían entre la oscuridad y la salsa a todo meter. Linda abrazó a la Gofia ladadora, «¡Buen aniversario, chiquita!», y se besaron en la boca. Luego se apartó, mi amiga, y fue en busca del paquete que había dejado encima de la cómoda. De paso, se miró en el espejo. El gran beso (en realidad fue un beso bastante normal, sólo que yo nunca había visto a dos mujeres besándose en la boca) le había embarrado de negro los labios y sus alrededores.

–Mira para eso... –dijo, muy divertida–. Una que viene de lo más decentica, limpiecita, arregladita, y enseguida la per-vierten...

La Gofia desempaquetó el regalo. Pegó un grito descomunal en cuanto vio las botas. ¡Oh! Dio saltos y brincos.

¡Oh! Qué divinas. ¡Oh! Eso, eso, eso mismítico, exactamente eso y no otra cosa era lo que ella había estado deseando desde el día de su nacimiento, desde la perrera de los guaguao. ¡Jau jau! Nadie era tan buena, tan cariñosa, tan especial como su nené, su Agatha Christie, su polaquita con espejuelos, su ángel exterminador, *su jeba*. Al decir esto último miró con sorna a

la muchacha del umbral, quien permanecía inalterable, muda como un ostión. Volvió a besar a Linda, la Gofia saltarina, en la boca, en la barbilla, en el cuello. Volvió a enroscarse con ella, a despeluzarla y embarrarla de negro. Cuando le metió una mano por debajo del vestido, siempre mirando a la muchacha del umbral, yo... bueno, yo me serví otro vasito. Mi amiga, hecha un desastre, le puso las botas («los chirimbolos», pensé) a la Gofia, le propinó una nalgada que sonó muy fuerte y le pidió, por favor, mamita, cosita, perrita, por favor, chica, entiende, por favor, no seas bruta, Ana Cecilia, cojones, que la dejara atender a Alix.

—Llegó el ángel... —dijo Marilú mientras yo, disimuladamente, aplastaba la colilla contra el piso a falta de otro cenicero.

No sé si furiosa o triste o contenta, quizás todo a la vez, la Gofia taconeó. Con una mano agarró el botellín y con la otra me agarró a mí, con mucha violencia, por el mismo brazo que ya me había lastimado Moisés por la mañana. Muy fuerte físicamente, de un tirón me levantó de la silla. Por poco se me cae el vaso. ¡Ay! Dios mío, ¿qué le estaba pasando a la gente? ¿Por qué la cogían conmigo de esa manera?

—Esto sí que me encanta —dijo—, que me boten de mi propio cuarto. Pero no me importa, ¿captan el mensaje, putas? ¡No me importa! Hagan ustedes lo que les dé la gana, lo que les salga de sus respectivos chochos, que yo me voy con mi gordita que me acabo de conseguir... —y me remolcó fuera de allí al tiempo que Linda me dedicaba un gesto no sé si tranquilizador y alguien, ¿quién sería?, anunciaba el desembarco del ángel.

Yo, a decir verdad, estaba muerta de miedo. Por eso vacié el vaso otra vez de un solo trago, como si fuera vodka, que arde mucho menos que el ron en la garganta, pero emborracha igual. Fue como si me tragara un erizo vivo, una bola de fuego. ¡Agrrrrr! En fin, que me di a la bebida miserablemente mientras Adalberto cantaba desde los baffles «¿quién apagó la luz, eh?... /

¿quién apagó la luz?...» y la Gofia me conducía al centro de la sala, donde las siluetas danzantes. Cuando me pasó el brazo por la cintura me entraron ganas de orinar. ¿Qué significaría aquello de ser la gordita que ella se acababa de conseguir? ¿Qué esperaba de mí? Tal vez yo debía explicarle que no, con mucha amabilidad, desde luego, pero que no, de ninguna manera, que ella estaba confundida, que... ¡Ay! Sentí una punzada en la vejiga, como si me clavaran alfileres. En serio necesitaba orinar. Perentoriamente. En medio de la penumbra, el tumulto y la sofocación, le pedí que me dejara ir un momentico al baño. Me miró con ojos pícaros. Conque al baño, ¿eh? Pues claro que sí. Enseguida *íbamos* para allá.

Dando tumbos entré a un baño de reducidas dimensiones, con poceta en lugar de bañera, pero muy limpio. Ella se coló detrás de mí, contentísima, y le pasó el pestillo a la puerta. Ay, mi madre. En otras circunstancias le hubiera aclarado que yo prefería orinar sin público. O al menos no delante de una mulatica espigada con un dragón chino en medio del pecho, una botella de ron en la mano y tres moños en la cabeza. Pero estaba muy apurada. Si me ponía a explicarle mis preferencias en aquel momento, me orinaba encima, seguro. Así que la ignoré. Me senté en la taza con la vista fija en sus botas que habían sido mías. Le quedaban bien, como si las hubieran fabricado expresamente para ella. Tenía piernas musculosas, de deportista, igual que Linda. Salió por fin el chorrillo que no era para los santos. Uf. Qué alivio.

—Así que tú tampoco usas blúmer... ¡Ja ja! ¡Qué cómico!

Tal vez la miré con asombro, no sé.

—¿Cómico? Mira, Gofia, yo...

—Sí, chica, sí. No es por nada. Es que yo tampoco lo uso...

—se sentó en el borde del bidé—. Es incomodísimo,

¿verdad? Yo nada más me lo pongo cuando estoy con la regla.

—Sí, sí, claro, yo también.

A veces uno encuentra afinidades insospechadas, incluso en el baño. Aquella mujer me caía bien. Me asustaba un poco, pero me caía bien. Siempre me han gustado las personas desinhibidas, espontáneas, que hablan con naturalidad, sin complejos, de las cosas del cuerpo. No me refiero a quienes lo hacen de un modo hostil, para impresionar, hacerse los bárbaros o herir los oídos del prójimo circunspecto. No, eso no. Son las personas en verdad francas las que me simpatizan, las que me recuerdan a papá. Como Petronila murió cuando yo aún era niña, le tocó a él, pobrecito, explicarme qué era la menstruación y otras novedades que afloran en la adolescencia. Ahora pienso que probablemente tuvo que documentarse en alguna biblioteca, pues no era muy especialista en temas femeninos. Pero hablaba claro, eso sí, en letra de molde, sin metáforas ni rodeos. Al pan, pan, y al vino, vino. Igual que la Gofia, quien ahora me observaba con sus ojos castaños, de esos muy claritos, casi transparentes, como el guarapo.

De pronto me sentí bien, más relajada, sin el menor deseo de levantarme de la taza y salir huyendo. Bebió a pico y me pasó la botella. Bebí con menos apuro que antes. La huella roja de mis labios se mezcló en el cristal con la huella negra de los suyos.

—Oye, gordi, me caes bien —declaró—. Así que vamos a meterle mano al asunto. Dale, antes que las fieras de la sala se pongan a tocar la puerta y a joder y eso.

—¿Meterle mano al asunto? —me alarmé—. Ay, Gofia, no. Tú estás equivocada. A mí no me gusta meterle mano al asunto.

—¿Ah, no? ¿Con esa cara? ¡Ja ja! No te me hagas la santica, gordi, que yo no nací ayer. Yo soy la Gofia en La Habana y tengo lo que tú necesitas. Deja que pruebes.

Ay, mi Dios del cielo. ¿Cómo explicarle sin ofenderla que no, que ella no tenía lo que yo necesitaba?

—Mira, Gofiecita, yo te lo agradezco muchísimo, pero el problema es que...

—¡Qué problema ni problema! Tú prueba y luego me dices.

Se puso de pie. Yo, aterrada, volví a beber. Sólo me faltaba sacarle el espíritu a la botella. Si las cosas seguían así, pensé, yo iba a salir de aquella fiesta convertida en alcohólica. Y anónima, porque ni de mi nombre me iba a acordar. Ella me miraba, toda sonriente, medio seductora, como diciendo «ven, ven al guiso». Creí que se quitaría la ropa o trataría de quitármela a mí o algo por el estilo. Pero no. A veces el exceso de imaginación nos juega muy malas pasadas. La Gofia en La Habana se sacó de un bolsillo del short un papelucho doblado. Lo desplegó delante de mí y me lo mostró. Polvo blanco. Me puse una pizquita en la yema del meñique y lo probé. Pues sí, ella sí tenía lo que yo necesitaba. Me sentí más estúpida que nunca. Pero no se dio por enterada. Linda me hubiera leído el pensamiento, ella no. O tal vez sí, pero no dijo nada. También hay personas generosas que te perdonan la vida y no te machacan. Se sentó en el suelo, hizo las rayas en el borde de la poceta. En ese momento llamaron a la puerta, pero no nos importó. Me deslicé junto a ella y le metimos mano al asunto.

En este punto es donde los recuerdos se fragmentan. Se superponen, se distorsionan, se confunden. Se riegan como los cristalitos en colores de un calidoscopio o los vidrios de las cien botellas en el piso. Quizás porque no soy adicta, porque sólo tropiezo con ella de Pascuas a San Juan, no sé, el hecho es que la merca me saca del aire bastante rápido, mucho más que el alcohol o la marihuana. Me pone en la estratosfera, en el paraíso, en el más allá. Me sienta de maravilla. Mejor que eso, sólo he probado otra cosa.

—A ver, cuéntame —dijo la Gofia desde el piso, indiferente a los golpes en la puerta.

Ocurrió por casualidad, en el tiempo de mi romance con JJ, cuando mi primer embarazo. Yo no sabía que estaba embarazada y no me cuidé. Debí hacer algún movimiento extraño,

cargar algo muy pesado, quién sabe. La cuestión es que tuve un aborto espontáneo en el mismo primer mes. Así, de pronto. Me dolía muchísimo, había sangre por todos lados, cantidad de sangre. Estaba sola en mi cuartico y asustada y me arrastré como pude hasta el hospital Sagrado Corazón. Allí comprobé, como tantas veces en la vida, que las desgracias nunca llegan solas: el aborto había sido incompleto. No me preguntaron nada. No había nada que preguntar. En el mismo cuerpo de guardia me practicaron una regulación, la cual, como todo el mundo sabe, se realiza sin anestesia. No entiendo por qué. Se supone, o al menos eso opinan los médicos, que se trata de un dolor soportable. Yo, como no soy médico, me reservo mi opinión. Si no pateas ni te pones histérica, el asunto dura menos de cinco minutos. Pero cinco minutos de pesadilla. Entre el dolor soportable, el miedo, la debilidad, la culpa y el zumbido de la máquina, me sentía en el mismísimo infierno. Pero me porté bien, como toda una mujercita. Quizás por eso alguien se compadeció de mí y me trajo, después que apagaron la desdichada máquina, aquella pastillita blanca, diminuta, y un vaso de agua.

—¿Qué es eso? —preguntó otro alguien.

—Nada, un analgésico —fue la respuesta.

En unos instantes el analgésico me quitó el dolor. Claro, para eso sirven los analgésicos. Pero no sólo me quitó el dolor en el bajo vientre, sino *todo* el dolor. Las pequeñas molestias con que vivimos siempre sin hacerles mucho caso, que nos acompañan día a día y sólo advertimos cuando ya no están. El miedo. La debilidad. Hasta la culpa, lo cual no es cáscara de coco. Porque a menudo no podemos precisar con exactitud de dónde procede, o quizás porque en el fondo no queremos saberlo, es muy difícil borrar la culpa. La confesión ayuda, claro, pero aun así es difícil. ¡Y he aquí una simple pastillita que arrambla con ella en un abrir y cerrar de ojos! Y sin aspavientos. No hubo euforia ni

éxtasis ni alucinaciones con elefantes rosados ni viajes a Iztlán ni nada de eso que algunos llaman «experiencias interesantes». Lo que hubo no sé muy bien cómo explicarlo. Fue como un cambio de perspectiva. Un mirar los problemas, los arrastres y las jodiendas desde otro ángulo. Un reajuste en la interpretación de los estímulos: lo que antes juzgué horrible ahora lo juzgaba normal, natural, de lo más aceptable. Un sentimiento de armonía conmigo misma y con el universo. Fue la paz. La acogedora, dulce y exquisita paz. La felicidad. Si yo pudiera, me tragaba una pastillita de esas todas las mañanas.

—Morfina —dictaminó la Gofia recostada a la pared de azulejos—. El que te la dio, o es un imbécil o está loco o le caíste muy-muy bien.

Volvieron a escucharse los golpes en la puerta. Creo que en ningún momento habían dejado de sonar.

—¿Por qué tú dices eso? Yo no me acuerdo ni de su cara. Si lo veo por ahí, no lo reconozco. Pero me parece una buena persona.

—¿Buena persona? ¡Ja ja! Qué lindo tú lo dices. ¡Claro que sí, buena persona! Porque la morfina cuesta carísima. Un ojo de la cara. Eso, si la encuentras. Porque hay días en que no te empatas con ella ni en las misas espirituales.

—¿Ah, sí? ¿Qué tú sabes?

—¿Yooooo? Yo no sé nada —la Gofia miró el techo—. Ven acá, gordi, ¿de dónde tú saliste así, tan desinformada? ¿Tú no ves películas? Si te tragas una pastillita de esas every day, enseguida te enganchas. No hay vuelta atrás. Empiezas a necesitar dos y luego tres y cuatro y luego jeringuilla que tú conoces y no piensas en otra cosa y así hasta que te descojonas... —pareció espiar dentro de sí misma—. A lo mejor vale la pena, quién sabe. Si a fin de cuentas... ¡Ay, chica, ya! ¡Qué morbosidad! ¿Tú quieres deprimirte o qué?

No estoy segura, pero creo que los golpes en la puerta se fueron volviendo cada vez más violentos, como si alguien hubiera perdido la paciencia definitivamente y pretendiera derribarla a patadas y piñazos. El gran estrépito. ¿Se estaría desmoronando la ciudad por allá afuera? Qué espanto que hubiera un cataclismo, un terremoto, la guerra nuclear, y uno en el baño, de zombi, en la morbosidad, especulando sobre las ventajas y desventajas de la morfina. Me eché a reír. En algún momento la Gofia se levantó, con toda su calma, onda caracol, y abrió. Había gente, una pila de muchachas, cabecitas burlonas (me atrevería a jurar que una de ellas me sacó la lengua, y le respondí con lo mismo, claro está, ¿qué se habría figurado?, ¡venir a bailar en casa del trompo!), ja ja, cabecitas joviales, una de ellas con antifaz plateado, otra con un gorro de cartón, cabecitas curiosas, aullidos, rebuznos, carcajadas, ja ja, una tromba de salsa, «deja que Roberto te toque... / deja que Roberto te pase la mano...». En primer plano estaba Danai con su jean y su camisa de cuadros, quien a viva voz acusó a la Gofia de bandolera y egoísta, sinvergüenza, descará, que siempre se encerraba en el cochino baño con cualquier pelandruja y se lo cogía todo para ella sola y no le daba nada a nadie, de perra que era, perra tuerca, mala ficha, malagradecida, y además tarrúa —manoteó en la cara de la Gofia, casi la toca—, sí, tarrúa y bien, porque la polaca maricona y corruptora de menores prácticamente se estaba jamando a la niñita ésa delante de Marilú, pobre Marilú sin pelo, tan sufrida, tan infeliz, viendo aquel espectáculo indecente, ¡del coño de su madre!, si lo que eran unas puercas, degeneradas, cónicas, asquerosas, tortilleras de mierda...

La Gofia le sonó un par de galletas a Danai. Pensé que se formaba la trifulca, la riña tumultuaria, de modo que me escondí en la poceta, rauda y veloz, no fueran a pegarme también a mí. Pero la sangre no llegó al río. Las galletas tuvieron, creo, un efecto sedante y la belicosa Danai se apaciguó de inmediato.

Era más rollo que película. Se ablandó tanto que se puso a llorar en el hombro de la Gofia, quien debía comprenderla, sí, debía comprenderla –sollozaba como hubiera sollozado Pancho Villa, si alguna vez lo hizo, mientras la moñuda le pasaba la mano por la espalda y le decía «ya, ya, no hay lío, asere, ya pasó, ya pasó, ya...»–, porque ella, Danai, se sentía mal, muy mal, en un escache terrible, en un down de la repinga, con tremendas ganas de morirse, de matar a la puta, de romperle la cara a trompones, de retorcerle el pescuezo, de cualquier cosa, qué sabía ella, qué mierda, en mala hora uno se enamoraba de quien no se lo merecía... Y así. Dejé de escucharla. Me perdí dentro de mí misma, en el estribillo de las cien botellas mezclado con el estribillo de Roberto y con otros estribillos, con algún bolero no muy optimista, como ese que dice «no voy a llorar... / porque la vida es la escuela del dolor... / donde se aprende muy bien a soportar... / las penas de una cruel desilusión...». Me recuerdo allí, con la cabeza llena de ruido, agazapada en una esquinita de la poceta. Por el momento a salvo. Lejos del futuro. De las malevolencias de Urano. De Moisés y sus enemigos invisibles. De mi segundo embarazo. De Alix y su tatuaje y su perpetuo silencio. De la ventana de mi cuarto, aún sin la cortina tan negra y espesa que años más tarde no dejaría saber, así de pronto, en la penumbra del amanecer, un 19 de diciembre, si la ventana estaba abierta o cerrada.

–Oye, gordi, ¿qué tú haces ahí?

–Yo... hum... hum... ¿Yo? Nada.

–Bueno, pues sal –la Gofia me tendió una mano–. Vamos a bailar, dale.

Yo había estado pensando, creo, en las musarañas. Pero no sólo en ellas, tan entretenidas, sino también en lo complicado, en lo abstruso que podía llegar a resultar, en un ambiente sólo de mujeres, y de mujeres apasionadas, el asunto de quién amaba a quién o quién estaba celosa de quién o quién le iba a armar un

escándalo a quién. A quién le iban a romper la cara a trompones. Las posibilidades se multiplicaban, podía darse cualquier combinación. Y, desde luego, cualquier malentendido. No me atrevía a salir de mi refugio. No sin garantías.

—Dime, Gofia, ¿Danai se puso brava conmigo?

—¿Contigo? —me miró extrañada—. No, mi corazón, no. ¿Cómo se te ocurre? Contigo no. La loca esa está empingá con Agatha Christie porque... bueno, porque Agatha Christie no le hace mucho swing o algo de eso. Creo que se acostaron una vez, no sé. Danai es muy trágica, muy decadente, le encanta sufrir.

—Bueno, pobrecita, ¿no? —suspiré aliviada.

—¿Pobrecita? Qué pobrecita ni qué cojones. Estúpida es lo que es. Verdad que la polaca arrebató a cualquiera, es una gran tipa, una mujer excepcional... —en ese punto pensé algo parecido a esto: ¡hum!—. Por algo le dicen El Ángel Exterminador. Pero, fíjate, por eso mismo hay que tomársela con calma, con mucha calma. Sin alteraciones ni showcitos ni nada de eso. Si tratas de controlarla, ¡zas!, se te va. Ella es así. Si te gusta, bien, y si no... Ay, pero yo creo que estoy hablando más de la cuenta... —me guiñó un ojo y volvió a tenderme una mano—. Dale, gordi. Sal de ahí y vamos a bailar. Y no te preocupes. Tú tranquila. Si alguien se mete contigo, tú verás el yiti que le bajo. ¡Perra galúa por el tronco de la oreja! ¡Ja ja!

Aquello no sonaba demasiado tranquilizador para mi alma pacífica y enemiga de las reyertas, pero en fin. Nos fuimos a bailar al centro de sala, en la casi total oscuridad, niebla densa que sólo se aclara más o menos cuando los ojos se acostumbran. Allí, en el vórtice de la pachanga, con la Gofia marcando el paso y los baffles incrustados en las orejas, pasé mis mejores momentos. Ella bailaba bien, muy bien, como se debe, que no es como la gente piensa. Hay quien cree por ahí que todos los cubanos, por el solo hecho de ser cubanos, somos expertos bailadores y le metemos a la salsa en la mismísima costura.

Pero qué va. De eso nada. Algunos son tiosos como palos de escoba (JJ), otros tienen la oreja cuadrada, van por un lado y la música por otro (Poliéster), otros abusan de los movimientos lúbricos, tal parece que tiemplan en la vertical (Yadelis), otros son muy técnicos, pero no tienen una gota de swing, porque la salsa no les nace de adentro (Linda), otros, en fin, consideran que el baile es una estupidez (Moisés) y una perdedera de tiempo (Pancholo). Yo, modestia aparte, soy la estrella. Una vez, hace una bola de años, bailé en La Tropical con Pedrito Van Van, que es la superestrella, y nos hicieron un círculo para mirarnos y todo el mundo aplaudió. Fue mi gran noche. Pues bien, la Gofia bailaba igual que Pedrito. Sin perder el ritmo jamás, dueña de todo su cuerpo, suave, sinuosa sin vulgaridad, equilibrada, elegante, en sintonía, perfecta. Después supe que era una profesional, bailarina de cabaret, y que se ganaba los faos dándoles clases a extranjeros.

—Que nunca aprenden —me dijo—, porque son unos ñames, más burros que el carajo, pero a mí no me importa, mientras paguen...

Además de bailar, bajamos otros botellines de las más diversas estirpes. Desde el más abyecto matarratas hasta el Johnny Walker, etiqueta negra, que mi estimada y precavida pareja de baile tenía escondido en un hueco de la cocina, allí donde nadie metía la mano por miedo a las cucarachas. Y nos dimos otros paseítos por el baño, para esnifar y cargar la batería, sin excluir a Danai, no fuera a darle otra vez el arrebato. Cogí tremendo suene. Me sentí la Súper Zeta Voladora. Qué rico.

En medio de todo este tropelaje pasé varias veces junto a la puerta entornada del cuarto de la Gofia. No resistí la tentación de echar una ojeada. ¿Qué estaría ocurriendo por allá? Nada. Ningún espectáculo indecente. Al menos no para mí. A esas alturas de la vida, con tanto alcohol en el torrente sanguíneo y tanta cocaína en el alma, no sé qué hubiera podido parecerme

indecente. Cada vez que atisbaba en el interior de la habitación, veía una escena distinta. Linda y la gitana besándose. Linda sentada en el borde de la cama, la gitana arrodillada en el piso, frente a frente, mirándose a los ojos. La gitana tratando de quitarse la ropa y Linda, sin espejuelos, tratando de impedirse. La gitana, aún arrodillada, sin su blusa negra, con el pecho cubierto por la cascada de su pelo negro, y Linda sacudiéndola por los hombros. La gitana otra vez con la blusa puesta, deshecha en llanto, y Linda de brazos cruzados. Lo único fijo era Marilú, pecosa, kimono de felpa, coco liso cual bola de billar, los ojos incrustados en el techo, anunciando el aterrizaje del ángel. No entendí nada. Quizás no había nada que entender.

En una de esas la Gofia me descubrió en el espionaje y también ella se puso a vigilar. Sólo por hacerme la media, sólo por eso... –se reía bajito–. Porque el panorama lo que le daba era sueño. ¡Ja ja! Qué aburridas aquellas pericas. Qué cheas. Qué falta de imaginación. Más locotas éramos ella y yo, con nuestra onda mirahueco. ¡Ja ja! Pero qué tedio... –bostezó–. No, si lo que le entraban eran ganas de meterse ahí, con las tres en la cama, bueno, con las dos, porque Marilú no contaba, y armar el gran pastelón. Sí, para poner la bola en movimiento. A ver si les quitaba la sanguanguería esa del baboseo y la taquicardia y el tú me quieres y yo te quiero, mi amorcito de mi corazoncito. ¡Ja ja! Como si la hubiera escuchado, Linda dirigió la vista hacia nosotras. Se puso los espejuelos para vernos bien. Pensé que se molestaría y traté de escurrir el bulto, pero la Gofia me retuvo. Me agarró, claro está, por el mismo brazo de la otra vez. Ahora yo iba a ver –susurró en tono maligno– lo que era inmadurez de la buena. ¡Ja ja! Linda, muy divertida, nos saludó con la mano. La gitana también nos vio. Se puso de pie, rápida. Con tremendo ímpetu caminó hacia la puerta. Casi doblada de la risa, la Gofia le cedió el paso. Yo no tuve tiempo de hacerlo mismo. Como decía Yadelis, soy muy lenta para vivir en el

Oeste. Ni frágil ni etérea, la gitana me apartó de un empujón. Qué fuerte. Qué clase de furia silenciosa. No me puse brava ni nada, creo que ya me estaba acostumbrando a que todo el mundo me apachurrara. Linda se levantó y fue tras ella.

–Alix, Alix, no te acomplejes, chica, ven acá... ¡Alix!

Pero la Gofia se cuadró en medio de la puerta.

–Déjala que se vaya, nené, déjala.

–¿Qué tú dices? –mi amiga miró a la Gofia con incredulidad–. Quítate del medio.

–No exageres, ¿está bien? No exageres. Bueno es lo bueno, pero no lo demasiado. No tienes que correr detrás de ella delante de todo el mundo. Mira, si tú quieres yo voy mañana a la beca y la capturo y te la traigo amarrada de pies y manos. Tú sabes que yo por ti hago lo que sea. Lo mismo me como un pan con hielo que me tiro por un quinto piso. Pero no corras detrás de ella. No me hagas eso, por favor. Hoy no.

Linda, escrutadora, observó a la Gofia de ojos transparentes.

–Está bien –levantó las manos como diciendo «me rindo»–. ¿No queda un roncito por ahí? Estoy muerta de sed.

–Llegó el ángel...

Y se aflojó la tensión. Tras la fuga de Alix sentí, qué raro, como si me hubieran quitado un peso de encima. No puedo asegurarlo, pero sospecho que la Gofia sintió algo semejante. Volvimos a bailar, a beber, a divertirnos. Durante el resto de la noche, hasta bien entrada la madrugada, Linda se comportó como si lo ocurrido no tuviera la menor importancia. Le había fascinado –confesó– lo del pan con hielo. Qué romántico. Le cantamos el Happy Birthday To You a la Gofia. Medio borracha, de lo más entusiasta, mi amiga se lo cantó en alemán. La muchacha del antifaz quiso saber cómo se decían un montón de obscenidades en alemán. Linda, en un tono muy sensual, desde una esquina del balcón adonde la salsa llegaba atenuada, nos obsequió a todas con una sarta de jerigonzas. Danai y

yo aplaudimos. La muchacha del antifaz trató de repetir las jerigonzas, pero no pudo. La Gofia se quedó pensativa y luego dijo que, si bien aquello no sonaba del todo mal, ella prefería *hablar* en cubano. (Aparte, mi amiga me confió que se trataba de un poema de Heine). No recuerdo más detalles, pero sé que la pasamos bien. A eso de las tres y media, el vecino de los altos fue a protestarle a la Gofia por el ruido. Porque lo tenían hasta la coronilla —el tipo ladraba igualito que el megaterio— con aquellos güiros escandalosos. Él no se metía en la vida de nadie, no señor, pero qué cabrona jodienda vivir en los altos de un ballú. Hacía años que no dormía. Comprensiva, la Gofia dio por terminada la fiesta. «No hay lío, maestro, no se sofoque». Y calabaza, calabaza, cada una para su casa.

Ella no hablaba más de la cuenta. Al contrario. Es una de las personas más discretas que he conocido. Conversa de mil tonterías y da la impresión de tener la lengua muy suelta, pero no es así. En realidad posee un talento especial para detectar lo más importante y reservárselo por más borracha o sonada que esté. Aquella noche, por ejemplo, no me dijo que sabía quién yo era. Demoró varios meses en contarme que por la tarde, antes de ir al cumpleaños, Linda le había advertido por teléfono que la acompañaría su mejor amiga. Una muchacha medio guanaja. Más lenta que una babosa. Más asustadiza que un conejo. Graciosa de cara, pero con unos cuantos kilos de más. Extrovertida. Confianzuda. Fiestera. Buena gente hasta el empalago. Risueña por gusto y un poco burlona, pero incapaz de agredir a nadie. Ciento por ciento heterosexual. O sea, un desastre. Pero así y todo, su mejor amiga.

No sólo me ahorró la Gofia tan halagüeña descripción. Tampoco me contó cómo había conocido a Linda, recién llegada de Nueva York, en el Club de Esgrima. Que mi amiga hubiera sido una tiradora excelente si no hubiese malgastado tantos años practicando con el sable, un arma sólo para hombres, muy

pesada. Que Linda prefería el sable porque, si llegaba a perder la tabla, es decir, si llegaba a tomar al contrincante por un enemigo personal, podía agarrar el arma por la hoja y golpear al hijoeputa con la cazoleta, algo no muy factible con la espada o el florete. Que aquel asunto del sable le había resultado muy erótico a ella, a la Gofia. Que Linda era muy buena cama, loquísima, creativa, parlanchina, pero una bruja sin sentimientos. Que se acostaba con cualquiera por pura diversión, por juego, por relajarse, pues lo único que en realidad le importaba eran sus novelas policíacas. Que era muy destructora y siempre dejaba un rastro de lágrimas y sufrimientos detrás de sí, muchas víctimas que luego iban a que ella, la Gofia, les diera psicoterapia. Que la tormentosa relación entre ambas había durado unos meses y estaba a punto de concluir, pues lo de Alix iba en serio, había que estar ciega para no verlo. Que ella, la Gofia, no le guardaba rencor a Linda. Que aquello tal vez sonaría ridículo, pero que Linda era el amor de su vida y siempre podría contar con su apoyo, para cualquier cosa, now and forever. De todo eso me fui enterando poco a poco, en el transcurso de varios años. Porque la Gofia y yo llegamos a ser muy buenas socias. Aún lo somos, aunque no nos veamos muy a menudo. Hace más o menos un año, cuando la situación se volvió muy tensa, al rojo vivo, y yo acogí a Alix en mi cuarto, Linda se puso como una fiera. Ay, el tigre de la Malasia. Porque yo no tenía derecho – no gritaba, pero mordía las palabras—. Porque aquello era una traición, una sórdida puñalada por la espalda. ¿Acaso para líos no me bastaba con el energúmeno barbudo? Me iba a pesar por el resto de mi vida. Porque ella no volvería a poner un pie en la Esquina del Martillo Alegre mientras aquella imbécil estuviese allí. Para ese entonces ya Alix no era «aquella muchachita del pelo negro», sino «aquella imbécil». La Gofia, en cambio, sí me entendió. Se burlaba de mi tendencia a la piedad. A la puñetera y repugnante lástima cristiana, como diría Moisés. De

mi inclinación a considerar «pobrecitos» a los demás, que en realidad eran, según ella, unos hijoeputas. Me llamaba Madre Teresa de Calcuta. Insistía en que me cuidara día y noche. Ya que había metido la pata, yo debía dormir con un ojo abierto y el otro cerrado (lo intenté, de veras lo intenté, pero no pude, se me cerraban los dos), yo debía mantenerme alerta. Porque Alix no era hijaeputa, no, pero sí demente, chiflada, una lunática peligrosa que podía desgraciarme la vida en un dos por tres. Pero en el fondo me entendió. Yo sé que la Gofia me entendió. Porque ella había vivido su tragedia, la vivía todos los días. La tragedia de Marilú, que fue también la suya y la de otras personas. Algo espantoso. Algo de lo que nunca me dijo ni media palabra. Algo de lo que sólo llegué a enterarme gracias a Linda, quien tampoco sabía demasiado.